

Ellos también mueren

Artículo escrito por **António Pinto Ribeiro**, publicado en el periódico portugués *Público* (15.03.2013). Material textual de la pieza *Ni todo lo que hacemos tiene que ser dicho ni todo lo que decimos tiene que ser hecho* dirigida por Claudia Dias y presentada dentro del programa PROKLAMA nº2, en Artium (Vitoria-Gasteiz) el 11.10.2014.

Traducción: Ibon Salvador.

Todas las circunstancias de poder son circunstancias de adversidad, y lo que distingue a los buenos gobernantes de los malos es una diferencia radical en el uso del poder.

El emperador romano Adriano, constructor de un imperio vastísimo y autor de la famosa muralla de Adriano en Bretaña, fue uno de los hombres más poderosos que jamás haya existido. Toda la vida aunó la acción con una reflexión sobre el poder, la naturaleza de los hombres y la muerte –fuese la muerte de los soldados enemigos y de las poblaciones vencidas, fuese la de sus allegados y más amados, fuese su propia muerte—. Quiso el mismo, además, decidir su propia muerte –pero, ninguno de sus allegados quiso cumplir la orden de matarlo y, así, permitirle llegar dignamente a su fin como era admisible en aquellos tiempos—.

El libro de Marguerite Yourcenar sobre Adriano es pródigo en testimonios de esta relación del emperador con la muerte –encarada como un límite que, imponiendo una finitud de la vida, permitía la inmortalidad, en el caso de que las acciones hubiesen sido justas y merecedoras de ello. La justicia de una vida contenía la idea de construcción: “Construir es colaborar con la tierra: es colocar una marca humana sobre un paisaje que así será modificado para siempre; es también contribuir para esa modificación lenta que es la de la vida en las ciudades. Cuantos cuidados para encontrar el lugar exacto de un punto o de una fuente, para dar forma a un camino de montaña, aquella curva más económica que al mismo tiempo se revela la más pura...”, escribió Yourcenar en *Memorias de Adriano* (1951).

Marco Aurelio, otro emperador atraído por la doctrina estoica, escribió en sus *Pensamientos*: “Aunque debieses vivir tres veces mil años y aun otras tantas diez mil veces, acuérdate siempre que nadie pierde otra existencia si no la que vive y que no vive la que pierde”.

A ninguno de estos hombres, ambos detentores de un extraordinario poder, les interesó alcanzar la inmortalidad por la conservación y por el uso del poder. El poder que tienen es un instrumento de acción para y por el bien común, y en este se incluye el bien por la naturaleza a la que se pertenece. Claro que hoy son ejemplos clásicos; claro que eran otros los tiempos y las condiciones de la Historia; claro que nunca abdicaron de la autoridad que tenían; claro que cometieron muchas injusticias, claro que el ejercicio del

poder suponía otras condiciones, pero también eran otros los límites y eran otros los riesgos, entre ellos el de ser asesinado.

No es el caso de los gobernantes de hoy, entre ellos nuestros gobernantes europeos, para quienes el poder y la conservación del poder son fines en sí mismos. No preparados para actuar con la humanidad y con la naturaleza, para la humanidad y para la naturaleza, ignorantes, sin reflexión, se alejan muy pronto de sus compatriotas –de los gobernados y hasta de los que los eligieron— y empiezan a enfermar del narcisismo patológico del poder.

No es necesario explicarlo mucho: motoristas a disposición, recorridos de casa al avión sin pasar por los controles y sin mezclarse con las multitudes, la posibilidad de dar ordenes sin contestación de los súbditos más directos, dispensados de pagar las cuentas, de contar el dinero, los cambios, de hacer una reserva de billetes, de hotel, de restaurante, en fin, el lujo de los séquitos, todas las facilidades que el poder trae consigo provocan en estos gobernantes sin lastre ni historia la sensación de que son inmortales. Infelizmente parece que vivir en este limbo de confort, con la amnesia de lo que es ser un ser común, lleva a la pérdida de compasión. Lleva por otro lado también a evitar o engañar el miedo, lo que, curiosamente, revela alguna cautela ante la muerte.

En un bello texto de Hannah Arent sobre Hermann Broch son identificados un elemento criminoso y un elemento del mal, personificado en el literato estetizante (categoría que incluía Nerón e Hitler), en lo *kitsch*. Cada vez que los hombres de negocios (hoy diríamos: de las Finanzas) afirman que “los negocios son negocios”, cada vez que los estadistas nos dicen que “la guerra es la guerra”, se comportan como literatos estetizantes en el vacío de valores. Parece que nuestros gobernantes han abandonado a la humanidad de la que innegablemente forman parte, pues no solamente dejaron de oír a los que representan si no que se niegan a actuar por esos representados y para ellos, como si estuviesen ya situados en el patrón inalterable de la inmortalidad.

No podemos limitar la grandeza del ser y del actuar a los antiguos y a los clásicos. También entre estos hubo hombres perversos y dictadores. Y tampoco todo el mal de la humanidad o de un pueblo proviene únicamente de la acción voluntaria de un gobernante. Aún así, todas las circunstancias de poder son circunstancias de adversidad, y lo que distingue a los buenos gobernantes de los malos es una diferencia radical en el uso y en los instrumentos del poder. Donde unos –los buenos gobernantes— cuidan de los gobernados, a los otros –los malos gobernantes— apenas les interesa la conservación de su propio poder, escenificada algunas veces con más pompa, otras con más mal gusto, más engordada.

Todavía evocando a Hannah Arent: en vez de exaltar la alegría (que, al contrario de la tristeza, es habladora, es dialogante, está impregnada de la otra persona), nuestros malos gobernantes exaltan el sufrimiento, apelan al sacrificio y se regocijan en él –y, en su perversidad máxima, declaran entender la tristeza y condenan la alegría—.

En esta escenificación grosera del poder sienten y se convencen de que no están sujetos a un fin. Parece que ya ultrapasaron la muerte, no por lo que construyeron, no por las acciones para el bien común, no porque la justicia de sus actos sea tan ejemplar que los haga inmortales, sino porque una vez inmortales, son impunes. Y si, algunas veces, aún pueden ser acometidos por el miedo, lo niegan – y así niegan esa pequeña parcela que era su último reducto de humanidad—.

Como dice aquella canción de Arnaldo Antunes: “ Sepa/ todo el mundo va a morir/ Presidente, general o rey/ Anglosajón o musulmán/ Todo y cualquier ser humano (...)”.